

expansivo del mundo. El corazón más ardiente forma parte de una caldera gigante y el beso más íntimo representa un obligado eslabón en la cadena superindustrial que arrastra y reelabora el abultado cuerpo del mundo.

Esta idea materialista del amor ha sido asiduamente redondeada por miles de obras inspiradas en el materialismo histórico y no han faltado, desde luego, libros que hablaran incesantemente de «la economía del amor». Claramente el amor comporta un intercambio y no solamente afectivo: cada uno de los componentes de la pareja canjea facultades o habilidades, bienes y funciones, patrimonios variados que tienden a potenciar o complementar la dualidad y que, en suma, generan una unidad productiva supuestamente más apta para la acción y la defensa, para la reproducción y el cuidado de la especie.

La base de los matrimonios hasta el siglo XVIII fue el «matrimonio de conveniencia» que aunque, en apariencia, no conviniera a los individuos convenía cabalmente al sistema estatutario. De otra parte, además, los individuos poco tenían que decir puesto que, en rigor, aún no se había asentado la noción de individuo que perfiló con relativa nitidez el Siglo de las Luces.

Al ser la «conveniencia» la regla que orientaba las uniones dentro del estrato hegemónico o no el amor pasión tenía la consideración de subproducto. O, simplemente, de nada. Amor no productivo y de nula estimación económica o social. Como dice Luhmann: «En el siglo XVII el amor pasión es desmedido (fuera de valor) y, por lo tanto, transitorio». ¿Desmedido y, por lo tanto, transitorio? Efectivamente. Todo aquello que no poseía medida, no se atenía a la regla, quedaba instalado en los márgenes y se colaba como un desecho por ellos. No constituía materia explotable ni tampoco nutrícia para la reproducción social.

Se trataba de un amor sin destino pero además de una in-



su seno el virus de la infidelidad puesto que no sometido a atadura alguna circulaba a gran velocidad, tendía a crear choques y descarrilamientos, desorientación y caos.

Pero, además, Luhmann cree ver en la infidelidad voraz el núcleo mismo del amor pasión, su fruto y su simiente, por paradójico que parezca. Obviamente la infidelidad se halla frecuentemente, y tácitamente consentida, en los matrimonios de conveniencia, pero la diferencia es que si en éstos el acto infiel contribuye a la preservación del yugo principal, en las infidelidades del amor pasión, toda infidelidad contribuye a su muerte.

Con todo, la causa es la infidelidad, su vocación de muerte es constitutiva de la unión pasional porque los amantes no se unirán tanto para un proyecto de unidad y ajuste como por la atracción de su diferencia, no se traban por su comunicación sino que se imantan por seducción. Una seducción mutua a partir de polos opuestos que se desean con vehemencia y misterio recíprocos y de cuya proximidad estalla la chispa, y con la chispa se enardecen tanto como se queman.

El amor de conveniencia o amor racional cose la convivencia a través de intereses reconocidos, el amor pasión se hilvana, por el contrario, a través de una aguja de luz que fulge y desaparece.

Precisamente—alega Luhmann—el proceso amoroso se atiene a esta paradoja del hilván sin hilo, de la estabilidad inestable, de su permanencia en permanente fuga. Don Juan. El amante se conduce como si su amor fuera eterno más la excitante experiencia de que acabará acaso en seguida. ¿Acabará pronto porque es superficial, sin peso? Acabará pronto, dice Luhmann, porque «la (misma) irracionalidad de la pasión tiende a hacer improbable que dos personas caigan simultáneamente en un mismo tipo de sentimientos recíprocos». La irracionalidad junta a dos locos, ninguno de los cuales se



encuentra en condiciones de interpretar la demencia propia o ajena para darle sentido o secuencia.

Por otro lado, la loca pretensión de penetrar y «devorar» el interior del otro conduce al abismo digestivo, en esa mezcla de verdad y falsedad, de sinceridad e insinceridad, que escapa a todos los criterios y vomita toda duración. Por esta misma razón, en los amores, no es saludable decirlo todo o absorberlo todo, no debe aspirarse a formar un solo cuerpo y sangre de los dos puesto que el empacho absoluto mata. La transparencia entre tú y yo es naturalmente nociva cuando no exasperante. El amor sólo puede ser esa transparencia en sí mismo: «Un rostro frente al cual/uno/ya no (es) sub-jeto/sólo referencia/inconcebible/y/firme» (Rudolf Hohl).

Pero ¿qué decir de la generalidad de los amores contemporáneos que persiguen la máxima unión? Todos los amores de hoy parecen libres, pasionales, no sujetos a convenciones mercantiles o de clase y, sin embargo, en su cimentación se descubren elementos racionales que tienden tanto a favorecer el bienestar de la convivencia como profundas necesidades del yo. La afirmación personal, el reconocimiento, la autoestima, la asistencia en un mundo de individualidades, son demandas que recaen habitualmente sobre la relación.

En los primeros tiempos del amor pasión, la pasión aludía a algo «pasivo». Se sentía una gran pasión más que se ponía pasión en ello. En esta clase de uniones, el amor hallaba su máxima cima en «la pérdida de la identidad» mientras que ahora una de las ganancias más apreciadas es la ganancia o el logro de identidad. Bastaría observar en los sujetos que cambian su pareja actualmente, el cambio de personaje que la mutación lleva «aparejada».

Cambiar de pareja significa, mucho más que mudarse de trabajo, de localidad o de amigos, reinaugurarse como sujeto en un tiempo donde el valor no se centra ya en ser siempre el



mismo, ni llegar como quería Píndaro al aburrido resultado de «ser el que se es», sino a probar el mayor surtido de seres distintos. Desaparecida la metafísica, eliminado el más allá, todas las reencarnaciones se fundan en este único territorio de la existencia y, dentro de él, especialmente en los diferentes parajes que propician las parejas.

El amor de toda la vida que siguió al amor de conveniencia se avenía con unas circunstancias que permitían proyectar hasta el fin de los días el porvenir profesional, el lugar de residencia, la creación de una familia, la permanencia de la promesa nupcial. Hoy, en cambio, la continuidad de la relación es el punto menos cierto del amor y la tendencia a la cohabitación sin documentos indica la asunción de provisionalidad que se reconoce incluso en los instantes más tórridos. De hecho, la idea de implantar leyes para casarse por períodos determinados de siete o cuatro años, lanzadas en algunos países son síntoma del poco predicamento que se otorga al «amor eterno» y la aceptación masiva del código correspondiente al «amor pasión».

Pero ¿cómo resolver la contradicción entre desear entrañarse y predisponerse para la desunión? En principio, el amante que se entrega a sí mismo se siente con derecho a exigir una entrega simétrica. Lo cree un derecho que puede reclamar. Pero —dice Luhmann, siguiendo a Le Boulanger— «quien ama no tiene derecho a exigir amor por parte del amado». Evocar un código de deberes y derechos significa incurrir en el código del matrimonio convencional mientras el amor pasión comienza cuando rebasa todo lo exigible y proclama la abundancia de su extremosidad.

¿Con la infidelidad incluida? Claro que no. La respuesta de Luhmann es que mientras siga entendiéndose el amor como un místico entregarse plenamente al otro, la exclusividad radica enteramente en el marco del código. Porque ¿cómo podría



alguien entregarse plenamente a diversos amantes al mismo tiempo sin tener que multiplicarse?

Se consideraba ya en la era antigua que una *reducción* (de los contactos) hacía posible una *elevación* de los sentimientos. Sin embargo, el amor es, por excelencia, voluble. Si la identidad se quema en el fuego del amor pasión, sólo puede salvarse y renacer mediante la inconstancia. La dinámica misma del mercado y la flexibilidad en los empleos puede provocar hoy que cada miembro de la pareja trabaje en localidades distintas y sus encuentros se interrumpan con frecuencia. La exclusividad se atenúa espontáneamente y el modelo se compone y se descompone como un mecano se arma y desarma en un vaivén de la conquista.

La conquista del otro es ahora todo menos logro de su sumisión. Ovidio, en *Arte de amar*, enumera una extensa colección de pormenores para la conquista de la amada dentro del código del amor pagano de entonces y que en tantos aspectos viene a parecerse al amor provisorio de ahora. En las fases del amor apasionado, el sujeto deberá cumplir, según Ovidio, una primera etapa de conquista mediante halagos y regalos, cuidado de la apariencia más la administración de la audacia y la prudencia que componen el arte de agradar.

A continuación se abre el período de entrega o disfrute del otro, el intervalo del sabor y el saber. Pero, pronto, si se sigue deseando al amado, deberá actuarse con mucho tino para que la relación perviva. No para que permanezca de por vida, lo que de ningún modo cuenta, sino para que continúe destilando bienestar y no fallezca por desidia antes de tiempo. Para ello, entre otros recursos, uno que entonces parecía ya eficiente consistía en suscitar, de vez en cuando y suavemente, una medida porción de celos. El miedo a la infidelidad acrecienta el imaginario deseante del otro. O, también, la ausencia del otro, por intervalos, como los *commuters*, contribuye a recrear



una presencia superior. «La simple *persistencia de la ausencia* del amado durante cierto tiempo—afirma Gustave Reynier, *La femme au XVII siècle*—, permite sacar conclusiones sobre la calidad de su amor y dar motivo a reacciones cuando es leída bajo el influjo de las expectativas de amor o, en su caso, de indiferencias».

Ninguna relación puede vivir estancada, ningún deseo puede persistir sin aspirar a poseer el deseo del otro, como recalcaría el pesadísimo Lacan. O, dicho de otra manera, el amor no está en las *cualidades* del otro sino en la *cualidad* de su *amor*.

Con todo, el amor pasión no atinará nunca y transcurrido cierto tiempo acaba por destruirse a sí mismo. «Perderá las cualidades que habían dado alas a la imaginación y ésta acabará viéndose sustituida por la confianza y el hábito. Una mujer bella aparece menos bella la segunda vez que la vemos, mientras que una mujer fea se hace más aceptable. La transición del código, al pasar de la imaginación a la naturaleza, expone el amor a la corrosión y lo efectúa, además, de un modo más rápido de lo que se produciría por la simple acción de la decadencia natural de la belleza. La subjetivación y la temporalidad se dan la mano».

El libro de Niklas Luhmann, que transcurre imbuido de la metodología semiótica, ejemplariza lo mejor de la semiología para la interpretación. La moda de los análisis semióticos ha terminado pero su ciencia habita el pensamiento como un ciudadano de pleno derecho, tal como ha ocurrido con el materialismo dialéctico o con el psicoanálisis. No hace falta titularse de freudiano o marxista o saussuriano para implicarse en sus puntos de vista, órganos naturales de la ensayística contemporánea.

La semiología de Luhmann le permite explorar aquí y dentro del código amoroso asuntos tan sutiles como es el galanteo o la misma interacción inclusiva de amar y odiar.



Pocos asuntos más engolosinadores para la semiótica que la peripecia galante. «La galantería sólo pretende complacer, sin comprometerse ni comprometer al otro», dice Luhmann. La galantería hace acto de presencia social en calidad de componente ineludible del amor, que sólo merced a este ingrediente puede actuar de un modo educativo y civilizatorio.

En su forma idiomática y en sus implicaciones, la galantería conserva una semántica idealista y novelesca que puede tener múltiples usos: es útil para desarrollar una conducta engañosa y seductora, pero también para la pretensión sincera del amor, dentro del estilo del compromiso social donde resulta difícil descifrar y reconocer el auténtico amor, puesto que la galantería es un arte de la comunicación y su máscara a un tiempo.

En cuanto a la interacción entre querer y odiar, Luhmann escribe: «El odio pertenece al código del amor: quien no es correspondido en su amor tiene que odiar a la amada; pero la cuestión es si puede hacerlo. Amor y odio caen en una estrecha dependencia mutua y recíproca, conjuntamente, configuran una relación que se diferencia claramente de la amistad».

Y, partiendo de esta base, nuestro autor se adentra en la indagación del romanticismo cuyas fórmulas subrayan, de una parte, el análisis de la democratización del amor y «la autodependencia del amor». No hay otro emperador que gobierne la conducta que el propio amor elevado a la categoría de un dios que habla no con reflexivas razones sino a través de su factividad. Este mismo dios es aquel que en un ataque de furia—sorprendentemente—lleva a los amantes al matrimonio y los arrastra de ese modo a su propia decadencia.

La función del matrimonio como poderoso ritual es, en ocasiones, un medio honroso y honorable para romper con la amada del amor pasión y en señal de que una cosa (la pasión) no tenía que ver con la otra (la civilización) o que una cosa no



cabría dentro de la otra. «Quien desea casarse con su amada es porque quiere llegar a odiarla», dice Luhmann a través de Bussy Rabutin. Odiar a ésta para seguir amando a «la otra». Seguir con ésta para poder serle infiel en la reproducción de los amores sucesivos y breves tal como son, en general, los gozos en la cultura del turismo, la cosmética y el consumo.